

POLÍTICA EXTERIOR DE ESPAÑA

DESPUES de la pérdida de nuestro Imperio Colonial, la nación española se retrajo. Se encerró pacatamente en sí misma. Se desinteresó de los problemas del mundo. La falta de una bien orientada política internacional dió por resultado que se burlasen nuestros derechos en Africa. La segunda república proclamada en Abril de 1931 bajo un signo de anti-patria, acentuó la postura. Hubo quienes pretendieron el abandono del Norte de Africa; y quienes, incapaces para decisiones de altura en el exterior, buscaban jugar a nacionalidades dentro de la península. Desperdiciaban sus ocios discutiendo prerrogativas más o menos de un Estatuto del que se mostraba desinteresada la opinión. El revuelto río era ambicionado por Rusia. Los Estatutos serían la fórmula de paso para llegar a una república federal y soviética en el suroeste de Europa. Contra la ignominia se alzó la voz viva y serena de José Antonio. Nuestro César joven puso los pilares y desarrolló la doctrina. Comenzó la acción. La lucha en la calle. Sus camaradas ocuparon los primeros puestos al aire libre. Magníficas camaradas nuestros de la primera hora que en ella dejaron sus huesos y su piel con el heroísmo insuperable de su coraje. Pero en los designios de Dios estaba reservado acentuar la acción, iniciar la guerra, terminar triunfalmente sus batallas, liberar la Patria y, en adelante, regir sus destinos de España al Generalísimo Franco. La guerra no fué una contienda civil. Fué una intensificación de la lucha contra el comunismo que inició José Antonio Primo de Rivera. Los soldados de España no solamente vencieron a los rebeldes marxistas del interior sino que arrojaron violentamente del solar patrio a las brigadas internacionales, hordas comunistas reclutadas en los bajos fondos sociales de todos los climas del mundo y, de las cuales, esperaba Rusia la completa bolchevización de España. Más los azares de la guerra no impidieron a nuestro Caudillo ni cimentar las tareas más apremiantes de la paz ni poner los pilares de una política internacional sólida, digna y firme que España tenía secularmente abandonada. Hacia Portugal que llevaba siglos desconocida y fingiendo desconocernos y viviendo las dos naciones recelosa la una de la otra, olvidadas las dos de sus tradicionales vínculos de raza, unidad de origen y cultura, se dirigieron las primeras miradas y los primeros afanes de nuestro Caudillo. Y gracias a la nobleza de su política, la que fuera tradicional indiferencia se trocó en cálida simpatía. Portugal siguió, unido moralmente a nosotros, nuestra Cruzada. Y los triunfos y conquistas españolas de la Guerra de Liberación eran mirados como victorias propias. El caminar hacia su recuperación del pueblo español, que en otras ocasiones hubiera sido considerado y visto con prevención, se desbordó en una simpatía franca. Después de Portugal, el impulso del Generalísimo orientando la política exterior, se dirigió a la América española. Los mejores ingenios

y literatos, en misión cultural, prepararon el clima favorable. Empezaron a mirar con curiosidad hacia España aquellas naciones hijas de conquistadores españoles y cuajadas de recuerdos de España.

Luego vino la paz, y con ella la hora de consolidar la postura internacional española. Hubiese sido relativamente sencillo, y nuestro régimen por su capacidad de vida interior se hubiese impuesto sin esfuerzo de no haberse producido la actual contienda mundial que retrasó nuestro desenvolvimiento económico de la post-guerra. El marco limitado en que se inició la lucha fué ampliándose de día en día. Los teatros de la guerra se acercaron paulatinamente a nuestra Patria y las fuerzas de ocupación de Francia llegaron a la frontera pirenaica y por el sur, están en pie de guerra los beligerantes a la vera misma de nuestra frontera marroquí. España sabiamente dirigida por Franco acertó y acierta a mantener la paz y a acentuar su reconstrucción. Una paz que únicamente once naciones en el mundo y cuatro en Europa han podido mantener. Pero no estriba este hecho en saber hacerlo, sino en hacerlo con la máxima dignidad. Y así sucede. Un Ejército aguerrido y un pueblo que no entiende de rendiciones saben lo que pesan y lo que podrían valer en un conflicto. Por tal razón, el Generalísimo, hayan sido las que hayan sido las incidencias de la contienda, ha mantenido rigurosamente las consignas españolas para el exterior. Y más que eso todavía. Las reivindicaciones españolas, hasta ahora únicamente sentidas en la entraña popular, han sido puestas por él de manifiesto. El mundo sabe lo que España reivindica y quiere. El mundo conoce los territorios que, a la corta o a la larga, han de formar parte de nuestra nación. Cuando estimó que en alguno de ellos había llegado la hora—tal es el caso de Tánger hasta nuestros días infructuosamente recabado—las tropas españolas le ocuparon. Cuando los soldados anglo-americanos desembarcaron en Africa, el Generalísimo declaró que ello no suponía la más mínima merma, disminución o abandono del más pequeño derecho español en una situación que España estimaba únicamente como transitoria. Al igual que antes, cuando Rusia decidió llegada su hora de invadir a Europa creyendo suficientemente desgastada a Alemania, la División Azul contribuyó a formar el valladar y muro de contención prosiguiendo la tarea de lucha activa contra el comunismo iniciada desde la fundación de la Falange.

España ha dado sus muertos ya en esta Cruzada anti-comunista que inició. Su número considerable y su sacrificio por la causa común le han ganado por derecho propio un puesto de privilegio en la Europa que se avecina. El Bloque Ibérico en el que han cuajado las corrientes fraternales que con Portugal nos unen, constituye una reserva espiritual capaz de orientar a los hombres, y de restañar las heridas morales producidas por la dureza y virulencia de la guerra actual. La Hispanidad que se acentua más que nunca, y que en el Congreso de Salta ha sido reconocida por los prohombres argentinos por primera vez en la Historia, como una fuerza operante y viva, significa la reintegración de las naciones que proceden de un tronco común a su propia peculiaridad histórica. De la mutua comprensión de las dos naciones peninsulares y de la amistad hispano-argentina, primer paso para una auténtica com-

Lo que ha hecho posible nuestra Revolución

COMPRENDER el mundo, es para mi—dijo Spengler—estar a la altura del mundo. Para comprender hoy la realidad de España, que se va cristalizando día a día y hecho a hecho, es necesario que se esté a la altura de esa realidad. Nada más fácil que trazar panaceas, criticar defectos, o inventar utopías. Esencial para vivir hoy, es, mirando al hoy, pensar en el ayer y en el mañana. Vivimos en una etapa vital, en la que es necesario conjugar las tres dimensiones, y lo demás es filosofar a lo avestruz.

Sólo de hoy podemos derivar el mañana, más, para comprender este hoy, no podemos—ni debemos—olvidarnos del ayer. Por eso, las fechas que señalan estos días, al mostrarse en los guarismos del calendario, deben ser para nosotros lo que el toque Angelus en los antiguos y benditos campos de España, lo que el toque de silencio en los cuarteles, lo que la voz del muezzin árabe que llama a los fieles del Islam a la oración, deben ser días de recogimiento y de meditación, de meditación profunda y... hasta de exámen de conciencia. De exámen de hechos y realidades. Debe hacerse el balance ¿Que eran las «cosas» en los comienzos de 1939? ¿Que son las cosas hoy?

¿Que eran las «cosas» en los comienzos de 1939? Lo tenemos tan próximo, y sin embargo, ¡Que lejos nos parece! Parecía obra reservada a titanes la reconstrucción de lo destruido, poner orden en el caos. Inverosímil parecía que las empresas, destruidas sus fábricas y sus utilajes desaparecidos sus stocks y sus elementos de trabajo, esfumados sus fondos líquidos y sus capitales circulantes, volvieran a funcionar entonando un himno a la Patria y al trabajo.

La mente se esforzaba por aceptar la idea, casi más hija que de la lógica, del milagro, de que la riqueza inmobiliaria destruida se reconstruyese, de que los pueblos arrasados volvieran a la vida más limpios y alegres que los anteriores, de que la vida comercial desorganizada en absoluto lograra volver a sus cauces de normalidad y eficacia, de que los trenes volvieran a circular, los puertos reanudaran el tráfico y los puentes se reconstruyesen, de que los campos diesen sus normales cosechas y se contemplasen los casi olvidados paisajes de árboles y rebañes, de que nuestro crédito se rehabilitara y de que nuestra moneda—sin el oro despilfarrado—se estimase de nuevo en los medios internacionales.

Más todo ello fué posible, el genio que dirigió y ganó la guerra, planeó y acometió, recién acabada esta la «batalla

hispano-americana, vendrá nuestro futuro poderío. En el orden espiritual y en el material. En este último favorabilísimos tratados de comercio que con la República Argentina nos unen, no constituyen una esperanza, sino una firme realidad. Una realidad cuajada en la solidez del prestigio exterior y en el progreso interior, marca a la tarea constante, al esfuerzo sin desmayo, y al talento extraordinario de un hombre providencial: Franco, al que España debe la unidad territorial y disfrutar—una entre once naciones del mundo—de una paz digna. Hechos que no pueden dejar de ser olvidados y agradecidos, en estos días en que se centra y conmemora la liberación de nuestra provincia.

JOSE M.º GARCÍA RODRIGUEZ

de la paz». Puso en ella el mismo ardor, la misma fé y la misma inteligencia que en aquella y en oposición al lema rojo «destrucción» lanzó su triple y única consigna «Producir, producir, producir» y al conjuro de ella la Patria inició su nueva etapa, etapa de actividad y eficiencia insólita en su historia económica, produciendo riqueza y trabajo a un ritmo tenaz y desconocido.

Más apenas iniciado este período, cuando la nación española, dirigida por la mano ágil y fuerte de su victorioso Caudillo allegaba los medios para su reconstrucción, surge el conflicto internacional. Nuestra Patria, con la guerra en sus fronteras, arrasada por las desvastaciones rojas; arruinada su economía por nuestra tan agotadora como gloriosa guerra civil, con una organización económica destruida ya cuando el conjunto de las agrupaciones nacionales vivían en una etapa de estabilidad y normalidad en sus regimenes económicos, cura sobre la marcha sus heridas y puede decir henchida de orgullo sano y noble, como los grandes genios autodidácticos «todo me lo debo a mi propio esfuerzo». Esfuerzo que es imagen de un fenómeno, no que «va siendo», sino que «es». Equilibra y casi normaliza su racionamiento, restablece sus transportes, reconstruye su flota mercante, consigue el respeto a su bandera de ambos beligerantes en los mares procelosos de guerra y destrucción, revaloriza su moneda, rehace su crédito, impone la paz social, construye y fabrica lo que es necesario, importa lo imprescindible, asegura la vida y el trabajo de sus hijos, supera los defectos de nuestro espíritu económico, potencia sus ventajas, revaloriza el trabajo como atributo esencial del hombre—portador de valores eternos—hace de él el principio y no el objeto de la Economía, sin admitir una «religión del trabajo»; y bajo la sabia dirección de su Caudillo que le asegura la paz y devuelve a la conciencia española la fe en sus universales destinos.

Pudo pues la horda roja profanar e incendiar los templos y las iglesias, más no por eso pudo borrar a Dios del corazón de los españoles. Pudo en sus locuras de ansia de victoria movilizar todos los hombres y recursos de que disponía, más no con ello pudo evitar el triunfo de Franco. Pudo su furor diabólico destruir fábricas, arrasar ciudades y desvastar campos, más no por ello pudo evitar que la Economía española recobrase el equilibrio en sus propiedades, sus frutos y sus bienes. Es largo el camino a recorrer, lo sabemos, más pensando donde digamos ya el punto de partida, sentimos confianza, y de ella hija, un sano optimismo en las «cosas» y en los «hechos» futuros. Por eso si alguna vez en nuestro alrededor vimos lamentarse a un individuo que no vive estos momentos en las tres dimensiones, que «vive» el hoy, pero que no piensa en el ayer, ni espera en el mañana, pensamos en la actualidad de sus frases, «pues para comprender esta hora de España hay que ponerse a la altura de esa hora».

JOSE ALBA

JOVEN, SE OFRECE

para llenar recibos, papeletas, de Hermandades o Sociedades, o bien trabajos manuales para hacer en casa.

Razón: Imprenta de este periódico

Se vende Finca

en el casco de la población, de doce viviendas, cara a mediodía. Gran porvenir.

Razón: R. SELVA - Nueva, 14